

tancia, los que omitidos queda nulo; y otros que son de pura solemnidad, de modo que si se omiten sin dispensas, el matrimonio será ilícito, pero no nulo. Son esenciales al matrimonio: lo primero, que los contrayentes expresen clara y terminantemente su consentimiento: lo segundo que el párroco ú otro sacerdote, con su licencia ó con la del Ordinario, se halle presente; lo tercero que esto se haga con dos ó tres testigos á lo menos. Las demas ceremonias, como que el párroco pregunte, que les dé la bendicion, y otras semejantes son de pura solemnidad; pero que se pecará si por desprecio no se observan. Por lo que toca al consentimiento de los contrayentes, ya queda bastante explicado; solo agregaremos aquí, que á mas de ser claro y expreso, debe ser sin condicion que deje pendiente el contrato, pues entonces no se podria decir que se daban palabras de presente. Ademas, no es necesario que los dos contrayentes estén presentes; puede el uno de ellos estar ausente, y contraer por medio de procurador, con tal de que el poder sea especial, pues no basta general; y se requiere, á mas de la facultad de casarse, que se señale en el poder la persona con quien se ha de casar; y si se revocare el apoderado, es nulo cuanto éste haga. Lo mismo si se muere el mandante ántes de efectuarse el matrimonio: debiéndose advertir que respecto de los hombres suele admitirse contraigan por poder; mas respecto de las mugeres con menos facilidad, por razon de estar estas mas espuestas á los fraudes.

Se necesita tambien la presencia del párroco, ya sea el del esposo ó el de la esposa, cuando cada uno vive en distinta parroquia: en algunas provincias comunmente se ocurre al de la esposa, por razon de ser mas natural pedir el hombre á la muger; y por lo tanto, siendo ésta de otra grey está en el orden pedirla á su pastor; no es preciso que el párroco consienta en el matrimonio; basta que entienda que se celebra. Exige tambien el concilio dos ó tres testigos al menos, que sepan lo que se hace, y nada mas: estas son las solemnidades esenciales al matrimonio, que como ya otras veces hemos dicho, su omision, aun quando sea inculpable, vicia al matrimonio; las otras si se omiten le harán ilícito, pero no nulo. De este modo es el que se celebra en la iglesia: lo primero porque es sacramento, y lo segundo porque es un contrato que debe ser público; sin embargo, con prévia licencia se podrá celebrar en las casas. Por lo que toca al tiempo en que deba celebrarse, ya ad-

vertimos que para la validez nada influye; y la prohibicion en ciertos tiempos del año, solo es con respecto á la solemnidad.

De todo lo expuesto, se deja ver la justicia con que la Iglesia congregada en Trento, irritó los matrimonios que en lo sucesivo se contrajesen por solo el hombre y la muger, sin testigos y sin solemnidad alguna; pues que ademas de la causa expresada, en el decreto, unos casados secretamente se ordenaban, otros ordenados se casaban, y unos siendo parientes, otros teniendo impedimento; y de semejante libertad, ¿no es cierto que resultan muchos y muy graves inconvenientes á la Iglesia y á la misma sociedad? El dar estas disposiciones no es mudar la sustancia del sacramento, sobre lo cual nada altera la Iglesia, pues que siempre será materia del sacramento, todo contrato que sea hecho por personas legítimas, así como cualquier otro convenio es válido, hecho por personas que no estén inhibidas por las leyes: la Iglesia, pues, así como la potestad civil, puede prohibir que éste ó aquel sean hábiles para celebrar tal ó tal contrato: vedlos, ya personas ilegítimas, y por lo mismo incapaces para válidamente celebrarlo. Donde quiera, por tanto, que está vigente el sagrado concilio de Trento, son nulos y de ningun valor, los matrimonios contraidos sin las solemnidades que llevamos expresadas.

---

DIA VEINTE.

**San Julio, mártir, y San Filogonio, obispo de Antioquía, confesor.**

**SAN JULIO, MARTIR.**

Nada mas significativo que la comparacion que hace la Iglesia de la especie de renovacion que se ve en los mártires, con la de la Aguila, donde dice: "la juventud de los Santos se renovará como de Aguila; pues bien entendida, nos hace conocer aquellos que en lo visible y exterior de sus cuerpos sufren una destruccion, un aniquilamiento, una consumpcion procurada por todo el poder humano y todo el rigor y acerbidad de los tormentos, el fuego, el hierro, la espada y cuanto puede poner en accion el insano furor de los tiranos, se encuentran en el momento mismo en que termina su mortal existencia; vencedores y triunfadores magníficos á quie-

nes se destina una corona inmortal, y que ceñidos de ella alcanzan con magestad y esplendor su rápido y gloriosísimo vuelo hasta las mansiones eternas de aquel sol de Justicia que miran de hito en hito, y de quien reciben con la palma del triunfo la confirmación en una gracia que les ha dado la fortaleza invicta con que triunfaron, y los ha dotado de aquella agilidad con que supieron elevarse á Dios, sobreponiéndose á los tormentos, y que finalmente les ha suministrado el medio con que realmente volaron hasta el seno de su Dios, siendo tanto mas llena y perfecta esta renovación, cuanto que tienen la promesa indefectible del Señor, de que aun sus mismos cuerpos les serán restituidos sin faltarles ni un solo cabello, y en tanta gloria, cuanta corresponde á quienes supieron sacrificarlo todo por su Dios. De esta dicha incomparable disfrutó el esclarecido San Julio, que en Gelduba supo romper el saco de su mortalidad por el martirio, para vestirse de la estola preciosa de la inmortalidad.

### San Filogonio, obispo de Antioquía.

Los escritores que nos han dado algunas noticias de la vida de San Filogonio, que es hoy el objeto de nuestros cultos, nada nos dicen, ni del lugar de su nacimiento, ni del nombre de sus padres; pero sí observan, que habiendo hecho admirables progresos en el estudio de la jurisprudencia, apareció con brillantez en el foro; y que si bien era admitido por sus talentos y elocuencia, lo fué aun mucho mas por su rectitud y por la santidad de su vida. En su profesión sirvió al público con suma delicadeza, como hombre de honor y de conciencia; pues no patrocinaba sino los justos derechos, ni protegía sino á la inocencia. Su conducta privada no era menos laudable que la pública, pues ni los vínculos de su matrimonio, las relaciones que su empleo le hacia conservar en el mundo, fueron obstáculos que impidiesen la elección que Dios habia hecho de él, para que condujese á su pueblo. La misma integridad de sus costumbres y lo irreprochable de su conducta, se consideraron como señales claras de su vocación; de manera que del tribunal de magistrados seculares, se le hizo pasar á la silla episcopal de Antioquía, porque se juzgó que su mérito extraordinario lo dispensaba suficientemente de la observancia de los cánones, que prohibían elevar á las dignidades de la Iglesia, á los que no habian pasado cierto tiempo de simples sacerdotes. Los griegos dicen en su calendario que ya habia muerto la muger de nuestro Santo, cuando

fué consagrado obispo; pero San Juan Crisóstomo, que era del mismo pais y del mismo siglo que él, asienta expresamente lo contrario. Este mismo padre nos hace juzgar de la excelencia de la administración de Filogonio, por la piedad y el buen orden que brillaban todavía en su tiempo en la Iglesia de Antioquía, siendo entonces tan difícil gobernar las iglesias por las persecuciones de los paganos. Cuando parecia haber calmado los restos de la de Maximiano, tuvo el Santo obispo que combatir de nuevo el furor de la de Licinio, cuyo peso recayó casi todo sobre él. En esta persecución fué principalmente cuando manifestó el ardiente celo que lo animaba por la religion de Jesucristo; y los padecimientos que sufrió entonces fueron los que le merecieron el título glorioso de confesor.

Aun no se extinguía el fuego de esta última persecución, cuando se vió encender la de una herejía nueva, que causó muchos mas desórdenes en la Iglesia, que todas las guerras que habian suscitado contra ella los paganos. Esta herejía era la de los arrianos, que comenzó por el año 319; pero si el Santo tuvo el dolor de ver nacer tal monstruo durante su obispado, tambien tuvo la gloria de ser uno de los primeros y de los mas celosos de entre los pastores de la Iglesia que con su prevision y autoridad procuraron contener sus progresos. Arrio pudo jactarse ridiculamente diciendo que eran de su partido todos los orientales; pero no se atrevió á contar en este número á San Filogonio, á quien trataba de herege y de ignorante, lo mismo que á Helánico de Trípoli, y á San Macario, de Jerusalem; quienes en union de nuestro Santo se oponian esforzadamente contra sus impiedades, sosteniendo que el Hijo era eterno, igual y consustancial con el Padre. San Alejandro, obispo de Alejandría, despues de haber condenado á Arrio, escribió en nombre del concilio de Egipto, una carta sinodal á San Filogonio y á otros obispos defensores de la doctrina ortodoxa, advirtiéndoles se precaviesen contra las insinuaciones del heresiarca, de sus patronos ó de sus sectarios.

Hubiera sido de desearse que San Juan Crisóstomo, al hacer el panegírico de nuestro Santo obispo, hubiese entrado en el pormenor de sus virtudes particulares, y de las acciones santas de su vida. Lo habria hecho sin duda, si no hubiera juzgado conveniente dejar este cuidado á San Flaviano, obispo que era segun el mismo padre, el imitador del bienaventurado Filogonio, y estaba mas instruido en los particulares de su vida. Murió nuestro Santo en el

quinto año de su obispado, despues de haber hecho admirar á su Iglesia la sabiduría y tino con que corrigió diversos abusos, que eran consecuencia necesaria de las persecuciones, y de haber contenido el curso de la heregía que hacia grandes progresos, por las desgraciadas circunstancias de la época.

Por el panegirico de San Juan Crisóstomo, se ve que el culto de nuestro Santo era muy antiguo en la Iglesia antioquena, y que podia haberse comenzado allí poco tiempo despues de su muerte aunque por entonces solo se acostumbraba tributar semejantes honores á los mártires.

*La Epístola es del capítulo XIII de la del Apóstol San Pablo á los hebreos.*

Hermanos: Acordaos de vuestros prelados, los cuales os han predicado la palabra de Dios, cuya habeis de imitar, considerando el fin de su vida. Jesucristo, el mismo que ayer es hoy, y lo será por los siglos. No os dejéis, pues, llevar de doctrinas varias y peregrinas. Lo que importa, sobre todo, es fortalecer el corazon con la gracia, no con aquellas viandas que nada aprovecharon á los que practicaron su observancia. Tenemos un altar, de que no pueden comer los que sirven al tabernáculo. Porque los cuerpos de aquellos animales, cuya sangre por el pecado, ofrece el pontífice en el Sancta Sanctorum, son quemados fuera del poblado. Que aun por eso Jesus, para santificar al pueblo con su sangre, padeció fuera de la puerta. Salgamos, pues, á él, fuera de la ciudad, cargados con su improperio. Puesto que no tenemos aquí ciudad fija, sino que vamos en busca de la que está por venir. Ofrezcamos, pues, á Dios, por medio de él, sin cesar, un sacrificio de alabanza, esto es, el fruto de los labios que bendicen su nombre. Entre tanto, no echeis en olvido la beneficencia y el comunicar con otro vuestros bienes, porque con tales ofrendas se gana la voluntad de Dios. Obedeced á vuestros prelados, y estadles sumisos, porque ellos velan, como que han de dar cuenta de vuestras almas.

*El Evangelio es del capítulo XIII de San Marcos. (Pág. 469).*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Estad alerta, velad y orad, porque no sabéis cuándo será el tiempo, &c.

## MEDITACION.

*Sobre el aprecio que debe hacerse del tiempo.*

Considera que nada es mas digno de menospreciarse que el tiempo, si se considera en órden á la relacion de las cosas temporales que contiene, ó por mejor decir, que destruye, y de quien mide la duracion. En el instante de la muerte, cuando el hombre empezará á juzgar sanamente de las cosas, verá que el tiempo de su vida, por largo y dichoso que haya sido se pasó ya, y que por consiguiente es para él como si jamas hubiera sido. Las luces de la eternidad, á donde ha de entrar en breve, le harán ver la ninguna proporción que hay entre lo temporal y finito, con lo que es infinito y eterno, y desharán en fin el hechizo con que estuvo embelesado hasta entonces, haciendo desaparezcán á sus ojos todos los bienes transitorios que le tuvieron en el embeleso, haciéndole ver la nada de todos ellos, y al mismo tiempo la gran locura suya de haber preferido los bienes temporales á los eternos. ¿Cuáles serán sus juicios entonces de aquesta ceguedad? ¿Cuáles son ahora los tuyos?

Considera que el tiempo que en sí mismo se presenta como cosa de tan poca entidad, se muestra por el contrario de suma importancia en lo mucho que en él se puede ganar, y la gran pérdida que se puede y debe evitar en él. El es aquel día de salud de que habla el Apóstol; aquel tiempo aceptable en cuyo periodo puede salir el alma del abismo mas insondable de iniquidad y pecado, y elevarse á la cumbre mas alta de gracia y de virtud: en él solo se puede merecer el premio inestimable de la gloria; y fuera de él no hay redención ni justificación. ¿De qué le sirve al hombre toda la eternidad inacabable, si en toda ella no logra un solo instante en que pueda justificarse? y por el contrario ¿cuánto puede ganar en un solo instante de esta vida presente, si en él se justifica como puede, y gana toda una eternidad de gloria y felicidad inamisible! Desengañémonos: el precio del tiempo no se ha de tomar de su duracion, sino de la proporción que nos presta para ganar á Dios.

## PETICION Y PROPOSITOS.

¿Y qué es, Dios mio, lo que yo he hecho del tiempo? ¡Ah! todo lo he perdido. Mas aun tengo el instante presente, tengo un soplo de vida, y tengo el auxilio de estas reflexiones para poderme con-

vertir y aclanzar vuestra gracia. Pues bien, Dios mio: yo quiero ya ser vuestro: desde este instante lloro mis pecados, y doy principio á mi reforma: haced, Señor, que esta sea verdadera, eficaz y constante.

## JACULATORIA.

Y dije: ahora empiezo: esta es una mudanza que ha obrado vuestra diestra soberana.

## LECCION.

*Sobre las mútuas obligaciones de los casados.*

Explicada ya la naturaleza del matrimonio, las disposiciones que se requieren para recibirlo, los impedimentos que hay para contraerlo, y la forma y modo de verificarlo, nos resta tratar de las obligaciones que le son consiguientes. Hasta aquí hemos hablado principalmente con los que quieren casarse; ahora nos dirigimos á los ya casados, procurando enseñarles sus obligaciones, pues aunque al explicar el cuarto precepto del Decálogo ya tocamos esta materia hablando de los deberes de los maridos para con sus mugeres, y de los de éstas para con aquellos, resta aun algo que decir: por tanto, á tres reduciremos aquí las obligaciones mútuas de los casados, y son: amor recíproco, fidelidad mútua, y condescendencia caritativa. Amarse, serse fieles y soportarse; estas son sus principales obligaciones.

Cuantos estados hay diferentes en el mundo, otras tantas gracias hay diferentes para santificarse en cada uno de ellos. Dios dá en cada uno las que le son suficientes y necesarias para desempeñarlos segun sus santas leyes; y para que desempeñándolos debidamente nos salvemos; fin único á donde deben dirigirse todos nuestros deseos, proyectos, determinaciones y resultados. Un eclesiástico, por ejemplo, necesita un espíritu de piedad, de respeto y devocion, para celebrar los sacrosantos misterios; de paciencia y ternura paternal para escuchar á los penitentes; un espíritu de celo y de ciencia para predicar la palabra eterna del Evangelio: un solitario, un espíritu de recogimiento y oracion: un magistrado, un espíritu de fortaleza y de justicia: un religioso, un espíritu de obediencia y de pobreza. Y un casado ¿qué necesita para trabajar en su santificacion? Necesita un espíritu de amor y de union: esto es lo que el Apóstol Pablo les recomienda mas particularmente:

*Maridos, dice, amad á vuestras mugeres como Jesucristo amó á su Iglesia, hasta entregarse libremente á la muerte por ella para santificarla.* Casados, mirad la regla; mirad la medida que se os propone para amaros; es nada menos que el amor de Jesucristo á su Iglesia. Este es el modelo que debéis imitar; este es el ejemplo y no otro, que debéis seguir: esto es, estais obligados á amaros con un amor santo, casto y constante.

Sea pues lo primero vuestro amor santo, es decir, que ha de tener á Dios por principio y por fin, por el solo y el único, que es, y debe ser el norte de todas nuestras acciones: él es, en expresion de la Escritura, el Alpha y la Omega; el primero y el último: así, pues, debéis escitaros mútuamente á la virtud y á las buenas obras; arreglar las horas del dia de un modo cristiano, y no consumirlas en frivolidades: orar á Dios juntos á la mañana y á la tarde con toda la demas familia; tener en comun, á lo menos los domingos y los dias de fiesta, alguna lectura espiritual para edificaros y manteneros en la práctica del bien vivir, frecuentar los sacramentos; asistir con atencion al santo sacrificio de la misa, concurrir á los officios de la parroquia; en una palabra, debéis contribuir mútuamente á vuestra santificacion en todas las acciones; esto es lo que se llama amarse mútuamente y vivir bien. Porque el saber vivir bien, no creais que consiste en cortesías, ceremonias, y otras reglas de política. La religion santa no se satisface con esas gentilezas, aires, tonos ó palabras de que tanto se paga nuestro siglo. Es preciso que haya en los casados un cierto candor que domine en todo el comercio de su vida, para que se mantenga el amor de esposos que se juraron.

El amor ha de gobernar siempre la lengua y ojos de los casados; y por esto es necesario que sus conversaciones, sin ser insulsas, sean cuerdas y modestas: que sus miradas no sean altivas ni desabridas; y que sus ademanes, sin ser afectados, sean nobles y sencillos. Este amor santo, en fin, les ha de hacer caminar de acuerdo en todo lo perteneciente á su vida, ya privada, ya pública, ya moral, ya política. Porque ¿dónde encontrará el marido mejor compañero en sus cuidados, mejor consuelo en sus aflixiones y descanso en sus fatigas, que en su amable esposa? Y ésta, ¿dónde mejor que en su marido hallará un director de sus acciones, un consultor de sus dudas, y un amigo en sus pesares? Amaos, pues, con un amor santo; mas no basta esto: es necesario que sea tambien un amor puro y casto.

Al hablar de las disposiciones necesarias para recibir el matrimonio, dijimos, que una de las miras que se deben llevar á él, es proponerse un fin honesto, y no guiarse por la ciega pasión de la impureza. Al tiempo de casarse, se previno á los esposos guardasen las reglas de la castidad; y San Pablo advierte á todos los casados en general, diciéndoles: *Sea honesto en todos el matrimonio, y el lecho sin mancilla.* Tratad todas las cosas pertenecientes á este sacramento con honestidad, y mantened sin mancha el tálamo nupcial; porque Dios condenará á los fornicarios y los adúlteros. *Pues esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación: que os abstengáis de fornicación, que sepa cada uno de vosotros poseerse en santificación y honor; no en afecto de concupiscencia como los gentiles que no conocen á Dios.... Porque no nos llamó Dios para inmundicia, sino para santificación.* ¿Con que es voluntad de Dios que los casados sean santos y puros? ¿Con que no se deben contentar con abstenerse del adulterio y fornicación? ¿Con que deben portarse santamente, y no abandonarse á los movimientos de una pasión desenfrenada? ¿Cómo, pues, viven los mas de los cristianos á manera de los mas relajados gentiles que no conocen á Dios?

Ademas de ser santo y casto el amor de los casados, debe tambien ser constante, que los una para siempre, que les impida dejar llevarse de la inconstancia y de los celos, cuyas consecuencias son muy peligrosas, y á que el demonio los inclina para introducir en ellos el espíritu de división, de enfado y displicencia, y por último el de aborrecimiento. No es pues este el que pide el sacerdote cuando bendice el anillo, sino el de la paz matrimonial. Notad esta ceremonia: este anillo se pone en el cuarto dedo de la mano izquierda de la esposa que viene á corresponder al corazón; ceremonia que da á entender á los casados que su afecto debe ser sincero y cordial, y no precisamente exterior y aparente. El anillo ha de ser de oro y de plata que son los metales que se conocen comunmente por mas puros; y en esto se significa la pureza que ha de tener su amor, el cual no debe fundarse sobre la carne y la sangre, sino sobre la piedad y la virtud. Finalmente, es redondo, figura con que se simboliza la eternidad, y esto significa que su amor debe ser tan durable y permanente que no llegue á resfriarse por alguna mudanza.

## DIA VEINTE Y UNO.

## Santo Tomás, apóstol.

Santo Tomás, llamado tambien *Didimo*, esto es, mellizo ó gemelo, era galileo de nacimiento; y aunque de una condición pobre y oscura, prevenido desde la niñez con las mas dulces bendiciones del cielo, y dotado de un corazón puro y una inclinación á la virtud, poco comun, muy pronto se instruyó en los libros sagrados de la religión, á cuyas santas máximas procuró acomodarse en todas sus costumbres, al grado de haberse hecho notable por su piedad, no solo entre los de su ejercicio de pescador, sino aun entre los demas jóvenes de su edad.

Por aquel tiempo tuvo la dicha de haber conocido á nuestro Salvador; y persuadido por las maravillas que le veía obrar, y por la doctrina que oía de su divina boca, que era el Mesías prometido, abandonó todas las cosas por seguirlo; con tal constancia, que desde el principio de su vocación, fué uno de sus mas celosos y fervorosos discípulos. Habiendo nombrado Cristo despues de la prisión de San Juan Bautista, á sus doce Apóstoles, logró la dicha de ser de este número Tomás; y no apartándose jamas de Jesucristo, fué uno de aquellos excelentes operarios, siendo dotado desde entonces de aquel don que despues le fué tan ordinario, de arrojar los demonios y hacer toda clase de milagros.

El amor que nuestro Santo profesaba á Jesucristo, se conoció bastante cuando el Salvador, pasando de Galilea á Betania á resucitar á Lázaro, los Apóstoles todavia tímidos, le representaban el riesgo á que se exponia, manifestándose ante los que maquinaban su muerte; de cuya indecisión los sacó Tomás diciéndoles: *Vamos tambien nosotros para morir con él:* palabras que demuestran la resolución de acompañar siempre á su Maestro, y no abandonarlo en el peligro, aun con riesgo de la vida.

Tanto amor fué acompañado de una tierna confianza de Tomás para con su divino Maestro; á la que debemos aquellas instructivas palabras que el Señor en la última cena dijo á sus discípulos cuando al decirles que iba á prepararles un lugar en la casa de su Padre, nuestro Santo le preguntó cuál era el camino; á lo que le contestó el Salvador: *Yo soy el camino, la verdad y la vida, y ninguno va al Padre sino por mí:* doctrina con que esplicó Je-